

Raíces en el Equipaje

(Continuación)

SAN JOSÉ, ABRIL DE 1924

Nos hemos trasladado a esta mina; asumí el cargo de director. Estoy contratado por la firma "Porvenir de Huanuni", que es una sociedad anónima chilena. Ya no trabajo para el señor Patiño; lo considero una etapa superada. Entregué mucho de mí, y me esforcé más allá de lo necesario para sacar adelante sus minas. Nunca lo reconoció en toda su magnitud, y tampoco me remuneró de acuerdo al esfuerzo. Por lo tanto, acepté gustoso el ofrecimiento de la empresa chilena. Además, estamos viviendo en San José, que es un pueblo minero con más movimiento que Huanuni. Se encuentra cerca de Oruro, a sólo diez minutos de viaje en automóvil.

A Elfriede le ha gustado mucho el cambio, puesto que tiene más posibilidades de reunirse con otras mujeres. Nuestra pequeña está bien; ya parlotea bastante, y es necesario vigilarla siempre, porque gatea por todos lados. Elfriede viaja seguido a Oruro. Va de compras; consigue fruta y verdura fresca dos veces por semana. Comer fruta es casi un vicio para ella está encantada con las chirimoyas y los duraznos. Los domingos salimos a recorrer la pampa en auto; esto es una entretenición para muchos de mis colegas. Algunos se entusiasman con la velocidad, y corren a lo que les da el motor. Pero tener una avería en estas soledades no es divertido; yo soy más prudente. Generalmente llevamos nuestros rifles y aprovechamos de cazar pichones; para variar un poco el menú.

Aquí en San José sólo se extrae mineral de plata, y se traslada en tren hacia Alataña, donde se procesa. Cuando los carros salen de la mina, cientos de mujeres ennegrecidas por el polvillo, clasifican cada trozo según su pureza. Con pequeños martillos los golpean y deciden cuál seguirá el curso hacia Alataña, y cuál será desechado. Los trozos que no califican han formado un enorme cerro color pizarra a lo largo de los años. Más que sus mujeres, también los mineros salen de la obra completamente ennegrecidos. Además, el calor que hace adentro es tan grande, que terminan su turno transpirados de pies a cabeza. Esto, mezclado con el polvillo, forma una húmeda costra negra, que reluce al atardecer. Así caminan hacia sus hogares; enfrentando el frío de la cordillera con sus cuerpos aún caldeados. No es de extrañar que muchos de ellos enfermen de pulmonía, con consecuencias fatales en repetidas ocasiones. Es dura la vida de los mineros, y sin embargo son orgullosos de lo que hacen. Sé que no quisieran cambiar su trabajo por otro tipo de ocupación.

TIEMPO SAGRADO

Con la llegada del mes de febrero se acercaba el carnaval. Este tiempo era sagrado para los mineros. Ellos, que trabajaban duramente a lo largo de todo el año, parecían desquitarse de sus penurias en aquellos días de fiesta. Para un minero era un honor poder bailar para la "Virgen del Socavón" (patrona de los mineros) y cumplir así su manda por algún favor concedido. Los bailarines recorrían danzando quince kilómetros, hasta llegar a la iglesia al pie del cerro de Oruro. Se disfrazaban con ropas llamativas y muy hermosas, las cuales habían sido confeccionadas por expertos artesanos. Las ropas eran costosas, y muchos trabajadores gastaban su sueldo completo en ellas. Los disfraces más característicos eran los de diablo, que llevaban máscaras con grandes cuernos y rostros terroríficos. La danza estaba llena de símbolos, y en ella se mezclaba el fervor religioso cristiano con creencias indígenas muy antiguas.

Me interesaba mucho el tema del carnaval, y en un artículo leí lo siguiente: Antes de la llegada de los españoles, los indios tenían su religión politeísta, en la cual había diferentes deidades a las que veneraban para su protección y beneficio. Una de ellas, el dios Huari, luego de sostener encarnizada lucha de resistencia contra los avances del cristianismo, al verse vencido y herida su dignidad de soberano protector, se instaló en las entrañas de la tierra. Le pregunté a mis obreros acerca de este dios, y comprobé que aún creían en él. Para ellos, Huari todavía era el amo de las tinieblas del subsuelo que es el reino de la mina. Lo respetaban mucho y lo incorporaban con honda fe a su círculo familiar, llamándolo "tío". Decían que Huari, en recompensa por esta veneración, entregaba las riquezas de la tierra, de las cuales él era el señor absoluto. Los mineros, a lo largo de los años, le habían dado forma a su dios: una

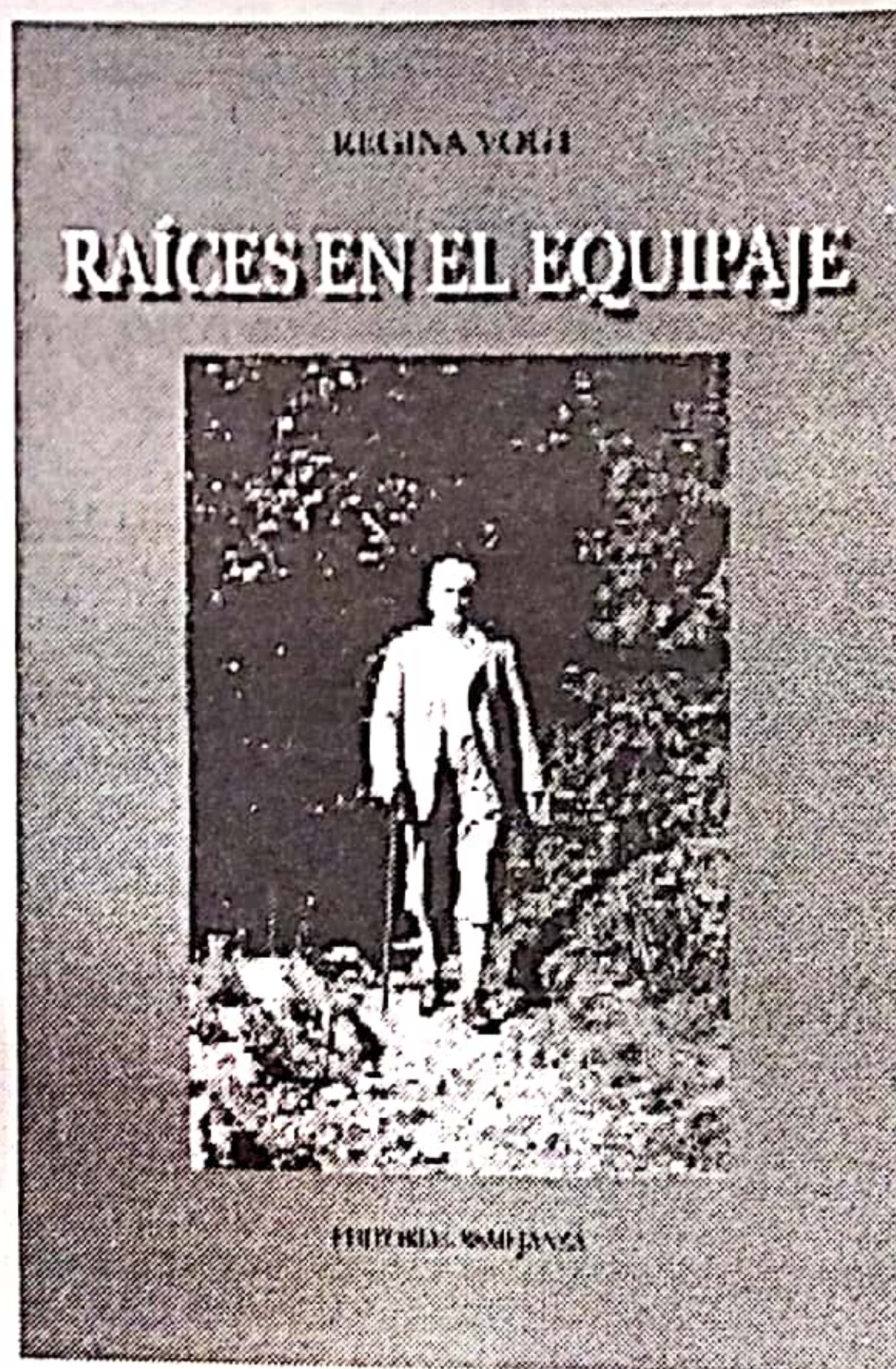


figura monstruosa con dientes sobrenaturales; tenía parecido al diablo que les había sido descrito por los conquistadores. Mis obreros me contaron que antes los carnavales había tenido como jefe principal de los diablos a Huari, pero que con el tiempo se reemplazó por Lucifer y Satanás.

Nuestro cocinero sabía mucho acerca del carnaval, puesto que durante un tiempo se había dedicado a bailar a la Virgen. Me explicó que el baile de la diablada consistía en representar la irrupción de Satanás en el mundo, y su intento de vencer a los hombres por medio de los siete pecados capitales. Cada pecado era simbolizado por una máscara de color diferente: amarillo para la avaricia, rojo, la lujuria, verde, la gula. Luego de danzar los diablos al mando de Lucifer y Satanás (que eran dos personajes), aparecían los ángeles al mando del Arcángel Miguel. En vistosos cuadros con variados pasos de danza, se representaba la guerra de los ángeles contra el reino de las tinieblas. Finalmente, la Virgen del Socavón decidía la victoria en favor de los ángeles, para gran alivio de los mineros, los diablos derrotados debían sufrir la ignominia de confesar sus pecados.

Mi cocinero también contaba que el carnaval fue iniciado en sus orígenes por los mineros, yo supongo que debido al enorme temor que vivían a diario dentro de sus túneles, ocultos bajo la tierra y llenos de sobresaltos. Después se les fueron agregando los campesinos y otra gente de pueblo, atraídos por el colorido y el profundo significado de la fiesta.

Durante los días de carnaval el trabajo en la mina se paralizaba por completo. Se escuchaba el repicar de la música día y noche; era muy difícil conciliar el sueño. La monotonía repetitiva de la música parecía tener un efecto alucinógeno; nadie se podía escapar de ella. Se consumía alcohol a raudales, y al finalizar el carnaval no quedaba nadie sobrio en todo el pueblo. A los mineros se les daban un regalo consistente en pañuelos de colores y una botella de licor. Bebían el licor de inmediato, y usaban los pañuelos para bailar. Los indios se vestían con sus mejores trajes: hermosos sombreros y multicolores mantos tejidos a telar; las indias sacaban a relucir sus faldas más vistosas y adornaban sus trenzas con cintas y pompones de lana. En medio de la sequedad polvorienta del paisaje, aquellas figuras coloridas eran un festín para la vista.

SAN JOSE, SEPTIEMBRE DE 1924

La pequeña Elfriede cumplió dos años. Ya está hecha toda una damisela, regaloneada por cada miembro de la casa y por mis colegas. Las cholas se pasean orgullosas con ellas de la mano; su tez blanca y su pelo rubio son un vivo contraste con la piel morena. Les gusta vestirla con mucho encaje y cintas; parece una muñeca adornada a la espera de un comprador. Tiene carácter fuerte; exige que se le atienda con frecuencia, lo cual no es difícil habiendo tanta mano diligente dispuesta a ayudarlo. Elfriede teme que los mimos sean excesivos, pero no puede hacer frente a tanto cariño. De cualquier modo, nuestra pequeña vive feliz, esta etapa de su infancia; dorada por el sol respira el aire más puro que existe.

Cuando veo lo bien que está, siento pesar porque se avecina un nuevo cambio: mi esposa está en cinta. Esto es una maravillosa noticia; pero después de lo mal que estuvo con el primer embarazo, también nos llena de temor. Hemos decidido no arriesgarnos esta vez, por lo cual, Elfriede viajará a casa de sus padres. Por supuesto que se llevará a la pequeña; tendremos que separarnos por largo tiempo.

(Continuará)

REGINA VOGT BREHM. (1904-Santiago de Chile). Poeta y escritora.